

poseído otra vez, Solimán volvió á pasar el Danubio, y se halló en presencia de Carlos V, que había acudido en socorro de su hermano Fernando de Austria; pero aquellos dos grandes hombres prefirieron la paz á los riesgos é incertidumbre de una batalla (1533).

II. Carlos V se cubrió de gloria yendo á combatir en las costas de África á los piratas que las infestaban. En efecto, venció á Barbarroja, que reinaba en Túnez en nombre de Solimán, y rompió las cadenas de 20.000 cautivos cristianos (1535). Después de eso, Solimán se alió con Francisco I, y Barbarroja recibió la orden de arrebatarse á los venecianos todas sus posesiones del Archipiélago. Carlos V emprendió otra expedición contra Argel, para vengarse de aquel corsario, pero no tuvo en ella la misma suerte que en la primera. Viose obligado á volver á España, y dejó á su hermano Fernando deshecho en Austria y en Hungría por los victoriosos ejércitos de Solimán, que le impuso condiciones de paz humillantes (1545).

III. Francisco I no había vacilado en unirse con los turcos y los protestantes alemanes contra Carlos V. Las hostilidades dieron principio de nuevo; el emperador se creía ya dueño de Francia, pero fué vigorosamente rechazado. El papa Paulo III logró que ambos rivales firmaran la tregua de Niza (1538). Como Carlos V necesitara poco tiempo después atravesar la Francia para ir á castigar la ciudad de Gante que se había rebelado, Francisco I lo recibió con la mayor cortesía. Carlos V había hecho á Francisco I las más seductoras promesas, pero no las cumplió, y eso produjo la última guerra. Inútil fué que los franceses ganaran la batalla de Cerisoles, pues su país se vió invadido por Enrique VIII y Carlos V. Los tratados de Crepy (1544) y de Ardres (1546) pusieron término á todos esos acontecimientos. Enrique VIII murió poco después (1547) y Francisco I no le sobrevivió sino dos meses. Solimán reinó veinte años más (1547-1566). Este soberano llevó á cabo una expedición contra el sha de Persia, sin resultado alguno; los últimos años de su existencia estuvieron turbados por las intrigas de su esposa Roxelana, que le hizo ordenar la muerte de casi todos sus hijos. Atacó á Malta, donde se habían refugiado después de la toma de Rodas los caballeros de San Juan, y fracasó en la empresa. No contento con haber asolado tantas veces la Hungría, penetró en ella una vez más para arrancarla á la dominación austriaca. Murió en su tienda de campaña, delante de los baluartes de la ciudad de Zigeth á que había puesto sitio (1566).

CAPÍTULO XXIV.

ENRIQUE II. FRANCIA SE APODERA DE LOS TRES OBISPADOS
ABDICACIÓN DE CARLOS V. FELIPE II. BATALLA DE SAN
QUINTÍN. TOMA DE CALAIS. PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.

El reinado de Enrique II fué desastroso para Francia. Ese príncipe siguió la misma política que Francisco I, pero como no poseía los mismos talentos que su padre, su reinado tuvo para la monarquía y el país las más deplorables consecuencias. En efecto, cedió todas las conquistas realizadas por Francia, y dejó penetrar en su nación rivalidades que no tardaron en originar la guerra civil. Por otra parte, las pretensiones de la casa de Austria empezaron á desvanecerse. Carlos V, que soñara con la dominación universal, se retiró al monasterio de San Yuste, disgustado y lleno de cansancio á fuerza de decepciones. Su hijo Felipe II continuó la realización de esos ambiciosos proyectos, pero lo veremos fracasar completamente en su empresa.

Advenimiento de Enrique II (1547). — Según acabamos de decirlo, Enrique II siguió en todo la misma política que su padre; pero sin poseer el valor ó la habilidad de éste. Diana de Poitiers y el anciano condestable de Montmorency, ejercieron sobre su ánimo absoluta influencia. Al principio de su reinado hizo la guerra á los ingleses y obtuvo de ellos la restitución de Boulogne (1550) y luego la mano de María Estuardo para su hijo primogénito, que debía sucederle con el nombre de Francisco II.

Como el protestantismo había hecho grandes progresos en Francia, excitando sediciones en el Agénois, el Perigord, la Saintonge, la Gascuña y el Limosín, Enrique II presintió los peligros con que esas temerarias novedades amenazaban á su trono, y dictó contra los sectarios su edicto de Chateaubriand (1551).

Pero su falsa política debía hacer inútil esa medida. En el mismo momento en que lanzaba severos decretos contra los reformados en Francia, se unía con los de Alemania, siguiendo el ejemplo de su padre Francisco I. Y hasta fué más lejos: durante la celebración del concilio de Trento se indispuso con el soberano pontífice, que lo amenazaba con sus anatemas, por haber prohibido á los obispos de Francia

que asistieran á dicha asamblea, y porque tenía además la pretensión de que no se recurriera á Roma para los beneficios. Eso era renovar antiguas querellas, causa de grandes desastres, y obstinarse en una línea de conducta que más ó menos pronto debía conducir á la pérdida de la monarquía y del Estado.

Guerras contra Carlos V. Conquista de los tres obispados, Metz, Tul y Verdun (1551-1555).

— Las hostilidades contra Carlos V continuaron vigorosamente. Los ejércitos franceses se apoderaron de los tres obispados, Tul, Metz y Verdún, y amenazaron la Alsacia (1552). El emperador se apresuró á hacer la paz en Alemania con Mauricio de Sajonia, para volar en defensa de sus provincias desmembradas. Dirigióse sobre Metz, donde se había encerrado el duque de Guisa con la flor de la nobleza de Francia. Ese ilustre guerrero reveló su genio y su valor en la defensa de esa plaza. Durante los tres meses que duró el sitio (del 21 de Octubre de 1552 al 2 de Enero de 1553), hizo perder á Carlos V más de treinta mil hombres. El orgullo del emperador no pudo resistir á tales desastres, y se retiró dejando en su campamento multitud de enfermos y de heridos. El pueblo de París se burló del fracaso del altivo monarca y todo el reino tributó lauros á su vencedor.

Sin embargo, Carlos V se vengó de esa derrota destruyendo á Therouane y Hesdín (Junio 1553), pero luego sufrió cerca de Reni (13 de Agosto de 1554), en los confines del Artois y del Boulonnais un fracaso que no pudo compensar con ninguna acción memorable.

Abdicación de Carlos V (1556). — Entonces fué cuando cansado del mundo y de los negocios, resolvió abdicar sus coronas para prepararse á bien morir en el silencio de la soledad. Llamó de Bruselas el 25 de Octubre de 1553 á su hijo Felipe y le cedió la soberanía de los Países Bajos, después de dirigirle una alocución enternecedora en que recordaba cuanto había hecho por la gloria y prosperidad de sus pueblos. El 16 de Enero del año siguiente le transmitió también las coronas de España y de Nápoles, y el 7 de Septiembre abdicó el imperio en favor de su hermano

Fernando (1556). Libre ya de todo cuidado, hizo que sus dos hermanas lo acompañaran hasta el camino de Valladolid, donde se separó de ellas para ir á encerrarse en una celda del monasterio de San Yuste, en medio de la deliciosa región extremeña. Allí compartía su tiempo entre la oración y el trabajo manual, ocupándose sobre todo en el arte de la relojería. En cierta ocasión tuvo la idea de hacer que los monjes celebraran sus funerales cuando aún vivía. Pidió en efecto un ataúd, se metió en él, y desde allí respondió á las oraciones de la comunidad, mientras meditaba en cuál sería el juicio de Dios sobre sus acciones. Esa ceremonia le causó tal impresión, que según se cree bastó para precipitar su fin. Murió en 21 de septiembre de 1558, á la edad de cincuenta y seis años.

Guerras de Francia contra Felipe II. Batalla de San Quintín (1557). — Cuando Carlos V se encerró en el monasterio de San Yuste, el papa Paulo IV, que era francés de corazón, excitó á Enrique II á romper la tregua de Vauxcelles, que por lo demás no había sido nunca fielmente observada. Los españoles habían hecho tentativas contra Metz y Burdeos, conduciéndose además bárbaramente con su prisionero el mariscal de Lamarck. Toda Europa se halló en armas contra Francia. Felipe II acababa de casarse con María, reina de Inglaterra, que le envió un cuerpo de ejército de ocho mil hombres. Sus tropas eran más numerosas que las francesas. Sin embargo, el condestable de Montmorency cometió la falta de trabar batalla cerca de San Quintín, donde fué dencido, quedando prisionero con la mayor parte de sus tropas. Esa jornada fué tan desastrosa para Francia como las grandes derrotas de Crecy, Poitiers y Azincourt (10 de Agosto 1557).

La consternación fué enorme en el reino de Enrique II. Al tener noticia de esa victoria, Carlos V exclamó: « ¿Está el rey en París? » Y en efecto, Felipe II hubiera podido hacerse dueño de la capital, si no se hubiese entretenido en tomar á San Quintín, Ham, Noyón y Châtelet.

Gloria del duque de Guisa. Toma de Calais.

— Ese respiro permitió á Francia volver de su espanto

y recurrir para su defensa á la espada del duque de Guisa. El nombre de ese gran capitán bastó por sí sólo para que acudiesen á tomar las armas todos los guerreros, con lo cual recobró ánimos dicha nación. Enrique II le había dado el título de lugarteniente general del reino, y en su entusiasmo, hasta pensó en conferirle el de virrey. Guisa respondió á esos testimonios de afecto y de honra con brillantes hazañas. Marchando de pronto contra Calais, le puso sitio con asombro de Francia y de Inglaterra, y la guarnición tuvo que capitular (1.º de Enero 1558) después de viva resistencia.

La toma de esa ciudad, que se consideraba inexpugnable, era reparación gloriosa de la derrota de San Quintín. En toda Europa no se hablaba más que de ese acontecimiento, y se alababa al duque de Guisa como si fuese un héroe suscitado por Dios para salvar la monarquía francesa. El matrimonio de la joven reina de Escocia, María Estuardo, con el rey de Francia, aumentó más todavía el ya extraordinario esplendor de la casa de los Guisas. El duque pasaba á ser por aquel hecho tío del Delfín, y todo se reunía para acumular sobre su cabeza la popularidad.

Tratado de Cateau-Cambresis (1559). — Tanta gloria debía necesariamente excitar grandes celos. Toda Francia celebraba los triunfos del duque de Guisa, pero la corte estaba dividida. El condestable de Montmorency, prisionero en los Países Bajos desde el desastre de San Quintín, tenía su partido. El almirante de Coligny, que cayó en manos de los españoles en la misma batalla, y que estaba también prisionero, meditaba conspiraciones contra la dinastía francesa, mostrando por tal razón designios favorables á los sectarios. Su hermano, d'Andelot, hacía públicamente propaganda en favor de la herejía, hasta el punto de atreverse á decir en cierta ocasión delante del rey en persona que la misa era un acto impío.

Enrique II era profundamente católico, pero su espíritu carecía de la penetración necesaria para comprender las intrigas que le rodeaban, y su voluntad no tenía fuerza suficiente para seguir de manera constante la realización de un plan. Sin desconfiar bastante de los que envidiaban al duque de Guisa, se mostró

igualmente receloso de la gloria de esa casa, y queriendo humillarla, lo hizo sin reparar que el desdoro iba á caer sobre su nación. Así fué que, después de la derrota del marescal de Thermes en Gravelines (13 de julio de 1558), habiendo sido puesto en libertad el condestable (octubre) excitó al rey de Francia á hacer la paz, y éste lo escuchó, firmándola en Cateau-Cambresis en condiciones deshonrosas para él (25 abril 1559). Francia devolvió á España Thionville, Mariemburgo, Damvilles, Montmédy, y le cedió el condado de Charolais, bajo la condición de que le prestaría homenaje como por un feudo. En cambio, recibió de Felipe II Ham, el Câtelet y San Quintín, y conservó la importante conquista de los tres obispados, Metz, Tul y Verdún; pero sacrificó todas sus posesiones de Italia, menos Turín, Pignerol, Quiers, Cléves y Villanueva de Asti, que sólo provisionalmente conservó, hasta que fueran determinados los derechos de Luisa de Saboya, madre de Francisco I. Así recobró el duque de Saboya, en las dos vertientes de los Alpes, la Bresse y el Burgey, la Saboya y el Piamonte. Francia cedió de esa manera en Italia y los Países Bajos ciento ochenta y nueve ciudades y castillos, lo que motivó esta observación del duque de Guisa: « Señor, dais en un día lo que no podrían arrebatáros treinta años de reveses. »

Muerte casual del rey (1559). — Toda Francia protestó contra esa paz, comprendiendo que sus intereses habían sido sacrificados á los del condestable y de su partido; pero esa cobardía aumentó el afecto público hacia los Guisas, cuyos méritos y gloria se había tratado de oscurecer. En cambio de las concesiones que había hecho, Enrique II estipuló diversos enlaces. Dió efectivamente su hermana Margarita al duque de Saboya, y su hija Isabel á Felipe II, que acababa de perder á su primera mujer, la reina María de Inglaterra. Esos casamientos se celebraron con gran pompa, y el rey Enrique II se lanzó á gozar de los placeres como si hubiese querido buscar en medio del bullicio distracción á sus remordimientos.

Había anunciado un torneo, del cual iba á ser sostenedor con los duques de Guisa y de Nemours y el príncipe de Ferrara. Durante los dos primeros días

Enrique II sostuvo brillantes asaltos. El tercero y último, bajó á romper lanzas en el campo con el conde de Montgomery, capitán de guardias escocesas. La reina, como movida por siniestros presentimientos, quiso oponerse á esa lucha postrera, pero su esposo insistió, presentándose en la arena radiante y orgulloso por sus hechos de armas de los dos días anteriores. Tal vez lo arrastró el ardor de Montgomery. Lo cierto es que las lanzas de los dos adversarios se rompieron y que la del conde, penetrando por la visera del rey, le saltó un ojo y fué á clavarse en el cerebro. La sangre corrió en abundancia, y todos se precipitaron á socorrer al soberano, que decía: « No es nada; perdono á Montgomery. » Quince días después expiraba, á la edad de cuarenta y un años (10 de julio de 1559).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Enrique II hace presentir grandes acontecimientos, que serán fecundos en desastres. El protestantismo continuó efectuando grandes progresos. El rey de Francia lo combate dentro de sus Estados, pero su política exterior paraliza toda la influencia que hubiera podido tener sobre los sectarios, puesto que no vacila en aliarse con los reformados de Alemania. La lucha entre el imperio y Francia continúa. Los ejércitos franceses conquistan los tres obispados, Metz, Tul y Verdún (1552); Carlos V se esfuerza inútilmente en recobrar la primera de esas plazas; luego venga ese fracaso con la ruina de Théroüane y de Hesdín (1553), pero es derrotado junto á Reni (1554).

Esos reveses lo cansan del mundo, abdica en favor de su hijo Felipe y de su hermano Fernando, y se retira al monasterio de San Yuste (1556). Felipe II continúa la realización de sus proyectos y la guerra contra Francia no cesa. Gana la famosa batalla de San Quintín (1557) pero comete la falta de no marchar sobre París. El duque de Guisa toma el mando de los ejércitos franceses, y repara la derrota de San Quintín con la toma de Calais. Desgraciadamente, Enrique II teme la fortuna de los Guisas, y para empequeñecer á esa casa, humilia á su propia nación firmando el tratado de Cateau-Cambresis (1559). Enrique II murió poco tiempo después, víctima de un accidente casual en un torneo (1559).

CAPÍTULO XXV.

GOBIERNO E INSTITUCIONES DE LA FRANCIA DE CARLOS VIII
Á FRANCISCO II. ADMINISTRACIÓN; EJÉRCITO; JUSTICIA;
HACIENDA; EL CONCORDATO.

Á fines del siglo xv y principios del xvi acaba la ruina de todas las instituciones feudales; pero en medio de esa descomposición general siéntese una fuerza reorganizadora que prepara el advenimiento de una sociedad nueva. La administración general del reino, el orden jurídico, el ejército, la hacienda, todo sufre profunda transformación. Los descubrimientos de los españoles y de los portugueses dan impulso al comercio, y la burguesía, lo mismo que las clases inferiores de la sociedad, empiezan á experimentar profunda mejora. El concordato entre Francisco I y León X cambia hasta la situación del clero, dándole el carácter que debe tener en los tiempos modernos.

Sumisión del poder feudal. — Luis XI logró con su hábil política la ruina del feudalismo, y aumentó el patrimonio real con cuatro grandes provincias: el Maine, el Anjou, la Borgoña y la Provenza. Su hijo Carlos VIII preparó, por su casamiento con Ana de Bretaña, la anexión de esta región á la corona, lo cual se llevó á efecto en tiempos de Luis XII, quien por su parte agregó á las posesiones de la casa real todas las tierras de la casa de Orleans. Francisco I hizo lo mismo con el patrimonio de la de Angulema. De todas las antiguas casas soberanas de Francia, sólo quedaba en pie al ocurrir el advenimiento de aquel príncipe la de Borbón. Y como el duque hiciera traición á Francisco I, fueron confiscados la Marca, el Limosín, el Borboneado y la Auvernia.

Sin embargo, aun quedaban alrededor del trono señores poderosos. Así, señalaremos la casa de Albret, que había recogido casi todas las herencias de las familias del mediodía de Francia, poseyendo los condados de Foix, de Béarn y de Armañac, la de Cléves, en cuyos dominios entraban Nevers, Rhétel, etc., la de Lorena, que ocupaba Bar, Joinville, Aumale, etc., y por fin las de Saboya, Montmorency, la Trémoille, Clermont, etc., que desempeñaron glorioso papel en